

EXCLUSIVO

Entrevista póstuma a Carlos

"Elroy" Soto

Esta es la entrevista póstuma del gran escritor chileno Carlos Droguett que veníamos anunciando (PF 376 y 377), la única que -desde su exilio en Suiza- otorgara a un medio periodístico chileno. Droguett hizo una excepción por tratarse de "Punto Final" al que lo unían profundos y antiguos lazos. La entrevista empezó a gestarse a mediados del año pasado cuando el colaborador de PF, Leo Wetli, de visita en Suiza, le hizo llegar un cuestionario para que trabajara con tranquilidad las respuestas. Se le advirtió que podía agregar las preguntas que estimara convenientes y así lo hizo.

Droguett elaboró esta entrevista entre agosto y septiembre de 1995. No se apresuró en enviarla a pesar de nuestros insistentes reclamos. Quería madurarla como una expresión exhaustiva de su pensamiento.

Luego vinieron sus viajes a España y Cuba, diversas actividades relacionadas con la Fundación Carlos Droguett en la Universidad de Poitiers (Francia) y, por último, bruscamente, sobrevino su muerte. El 14 de julio de este año, cuando visitaba el museo de Meiringen, cerca de Berna, cayó por una escalera. Operado de urgencia se recuperó bien pero una embolia pulmonar le quitó la vida -a los 83 años de edad- el 30 de julio a las 7:30, hora de Chile. El 6 de agosto sus funerales se efectuaron en Berna. Uno de sus hijos, el médico Marcelo Droguett Lazo, cirujano del hospital de Le Locle, nos hizo llegar el texto de la esperada entrevista.

En carta del 2 de octubre del año pasado, Carlos Droguett nos pidió una sola cosa: "No tacharme, censurarme ni suprimir nada". Se lo prometimos y cumpliremos.

Pero debido a su extensión -cuestión que él comprendía- nos vemos obligados a publicar la entrevista en dos partes. Es un testimonio polémico y de indudable valor literario e histórico. Retrata de cuerpo entero la fuerte personalidad de Carlos Droguett, el escritor de convicciones ineludables.

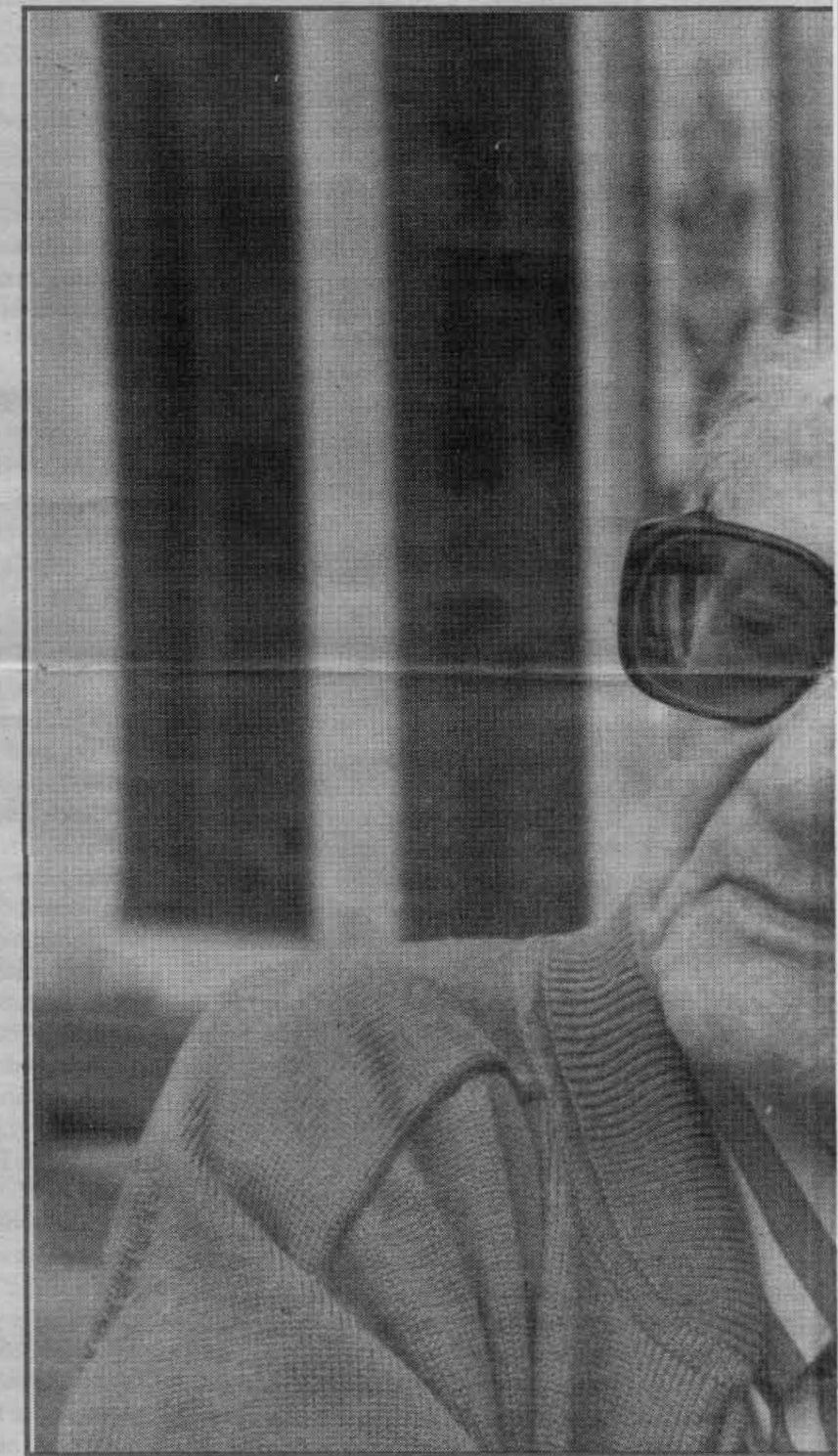
PF

Vemos que usted está vivo. En Chile se rumoreaba que había muerto hace un par de años.

"No me extraña demasiado lo que me cuenta. Sí, al parecer sigo, a pesar de todo y a pesar de algunos, también a pesar de mí mismo. Por lo demás, tal vez por causa de su juventud y de su inexperiencia, usted lo ignora. Hace ya unos cuantos minutos metafísicos, a raíz del otorgamiento del Premio Nacional de Literatura, declaré a la prensa que había llegado el momento de declararme vivo, o más sutilmente, de certificar que acababa de nacer. Hasta esa fecha, por boca y mano de los monos sabios, de los técnicos en la especie, de los doctorados y entorchados, se me ignoraba, se me borraba, se me barría hacia la marginalidad del anonimato, de la oscuridad, de las espesas tinieblas, de la total y absoluta inexistencia. Al parecer, pues, sigo respirando en los arrabales de la vida, en la agradable y tentadora penumbra bajo el agua del río, del mar océano, sobre las nubes y temporales, soberbiamente solo".

¿Por qué no vive en Chile? ¿Por qué se exilió hace ya rato? ¿Regresará algún día?

"Vayamos por orden. Yo no elegí el exilio, como Salvador Allende no eligió su muerte asesinada. En este mes de septiembre se han cumplido 20 años de mi salida de Chile. No creo regresar, a menos que se produjeran hechos, circunstancias, puentes tan rotundos como para hacerlo. A mi edad no hay regreso. Por lo demás, hacia esa época se había hecho extremadamente difícil, de hecho imposible, mi residencia en la tierra en el clima infernal que nos rodeaba a mí y a mi familia. Trataré de explicarle. Yo, en aquel esperanzador y desesperanzador tiempo, era vicepresidente del Instituto Chileno-Cubano de Cultura, cuyo presidente honorario era, exactamente, Salvador Allende. El Instituto, situado en la primera cuadra de Ahumada, fue asaltado, saqueado, robado el mismo fatal 11 de septiembre. Una tarjeta de visita, un pre aviso. En su calidad de vicepresidente del Instituto, uno de los dos vicepresidentes en ejercicio, el señor C.D., hablaba a menudo en la prensa, en la radio, en la televisión, en algún teatro céntrico, ensalzando y elogiando la milagrosa y peligrosa Revolución Cubana y sus insolentes héroes, Fidel, Abel y Haydée Santamaría, Camilo Cienfuegos y el Che. No ocultaba mi entusiasmo, mi regocijo, mi esperanza, trazando en mi mente la trayectoria legendaria de aquellos dos seres de excepción que se habían instalado en la cabecera de una América enferma, maltrecha, desahuciada, desangrada: el Dr. Ernesto Che Guevara, el Dr. Salvador Allende, asesinados y aún vivos, cada día más vivos. Si a ello se agrega que, como escritor, como simple escritor, yo no era un niño de las monjas sino que dirigía mi mirada e insertaba mi pluma en temas de hecho intocados, la matanza del Seguro Obrero, por ejemplo, y en el pasado, el descubrimiento y saqueo de América, yo no inventaba la sangre, la injusticia, la muerte, la tortura, ahí estaban, intocadas, si a ello se agrega ese ambiente en un escritor que es testigo de su tiempo y que quiere expresarlo, no, no era posible que yo siguiera en Chile si quería seguir vivo. No falta-

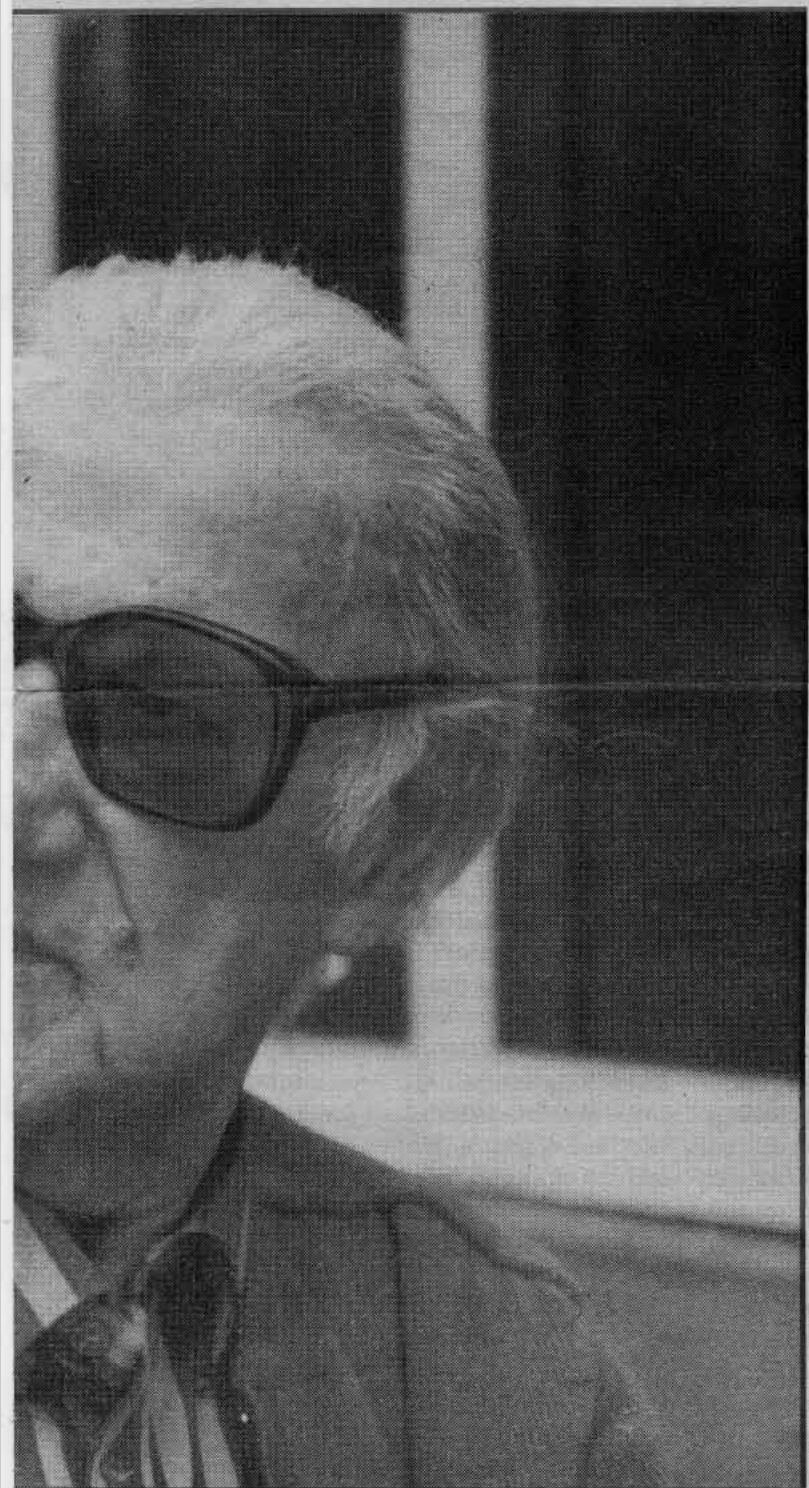


ban síntomas. Cuando llegaba a mi casa cada tarde, de regreso del diario, de la revista, de la radio, de la televisión, de una sesión en el Instituto, mi mujer me informaba nerviosa, casi histérica. Habían vuelto a telefonar para insultar, para putearme, para amenazarme. Mi hijo Carlos, que estudiaba y trabajaba en la Universidad Católica, fue expulsado de su trabajo sin previo aviso, con la amenaza, apenas velada, que sería detenido. El estaba de novio por aquellos días; ayudados y socorridos por verdaderos cristianos, don Fernando Ariztía, el cura Doby, belga de nacionalidad y secretario de redacción de la revista jesuita 'Mensaje' -que me tenía como uno de sus colaboradores- se le celebró el matrimonio en un clima de plácido terror, tan bien descrito por Balzac

en sus evocaciones de la r joven pareja viajó al exilio hijos. Pero no había paz ni pues el hijo menor, Marcelo Isla Teja. El recuerda: 'A doctor Luis Soto que trabajaba en el hospital, viajó especialmente a Suiza para verme y regresó con la orden de detención. Me acusaba, decían, de estar participando en la organización de los hospitales clandestinos. Me detuvieron en dos ocasiones, la primera en el hospital, la segunda en el hogar. A las ocho y media de la noche, en que estábamos escuchando la radio, la detención misma se efectuó'.

os Droguett

oy yo



CARLOS Droguett en Nevers (Francia), mayo de 1993.

evolución francesa, y la
io, donde nacerían sus
tranquilidad en mi casa,
lo, ya estaba preso en la
mí alguien me delató, el
ajaba en mi mismo hos-
a Santiago para dela-
len de detención. Se me
articipando en la organi-
landestinos, en vista del
veía venir. Yo fui deter-
rimera el 13 de septiem-
la noche en momentos
ando Radio Habana. La
ó con un despliegue de

carabineros; sospecho que prácticamente todos los
medios de los pacos estaban alrededor de la casa
(pienso que yo me moví demasiado el día 11)... y se
pusieron muy contentos cuando encontraron un
archivo enorme con nombres y notas a mano mías:
eran las fichas clínicas de mis pacientes privados.
Yo había dejado de trabajar privadamente después
que me lo pidieron por razones políticas: no era ló-
gico trabajar privado si se quería llegar a la socia-
lización de la medicina. De pasada, te recuerdo que
yo estaba de vacaciones y eran mis primeras vaca-
ciones desde que había empezado a trabajar en mayo
de 1971. A la salida de la casa me subieron a un
jeep de esos de fabricación rumana importados du-
rante la Unidad Popular. Noemí vio que escondido

en su vergüenza y cagado de miedo en uno de los
autos, estaba Ricardo Rademacher, que era médico
de los pacos y con quien hicimos los estudios de
medicina juntos en la Universidad Católica. A la
entrada del cuartel me dieron de culatazos en la mis-
ma puerta, después adentro me tomaron los datos
generales, estaba lleno de pacos, a muchos de los
cuales conocía por haber tratado a sus mujeres...'.
De manera, pues, no me pregunte si voy a regresar
a Chile. Ahí están los motivos. Los motivos del
lobo".

CHILE EN EL CORAZON

Como escritor, ¿se siente desvinculado de su tie-
rra por esta ausencia que usted considera sin re-
torno?

"No necesaria ni fatalmente. Somos de tierra,
¿no? Somos ella, estamos en ella, vamos con ella
donde quiera que estemos. Hay el patriotismo de la
sangre, indeleble e inalienable, y el de la bandera,
exterior, exhibicionista, bueno y esencial para tapar
inmundicias y latrocinios. ¿Quién es más patriota:
Salvador Allende o sus asesinos, desde el repugnante
Pinochet hasta el coqueto Leigh, la Brigitte Bardot
de la Junta Militar? Pero no nos pongamos trágicos,
trascendentes, académicos. Parece, sólo me parece,
que las novelas, narraciones, actos teatrales, ensayos,
memorias, que he publicado -digo que he publicado,
no que he escrito- muestran y demuestran que mi
pensar discurre desde mi contacto irrefragable con
la tierra, con mi lejana tierra, con la tierra en que
ahora estoy, que es la misma tierra. Todo, todo lo
que he imaginado y escrito es real, real de aquí abajo,
entera y definitivamente real y no vaporizaciones
de mi ego, de mis ilusiones, de mis frustraciones,
de mis no confesadas ambiciones, dinero, fama, fama
astral y no comunal, premios, academias, condecora-
ciones, humos de las eras y de las fugitivas horas.
Esto que digo es válido incluso para mis narraciones
de plena imaginación. Todo, todo lo que he imagi-
nado, programado, diagramado, inserto, edificado,
brotó, crece, se desarrolla y ramifica su cáncer desde
mi realidad, aquella en que nací, en la que sigo vivo,
aunque no se note, pero yo la noto y la respiro".

Usted publicó "Eloy" hace 40 años. ¿Por qué
solamente ahora aparece una segunda edición en
Chile?

"No sé si usted está informado. Yo soy escritor,
no editor. Su pregunta debe referirla a quien corres-
ponda, dentro o fuera de las fronteras. Por lo demás,
debo recordar que cuando se publicó en España la
primera edición de mi pequeño y afortunado libro,
una copia esperaba turno de lectura en la Editorial
Zig-Zag, ya desaparecida. Signos de mi estrella.
También debo recordar que aquel mismo año, para
mí inolvidable, al publicar en el diario 'La Nación'
de finales de diciembre una frívola reseña del mundo
literario criollo, Ricardo Latcham, en su recuento
de los autores en boga, deslizaba esta observación
marginal: '...y Carlos Droguett, que se ha retirado
de la literatura...'. No era muy afortunado en sus ex-
cavaciones crematísticas el hijo de don Ricardo E.
Latcham, hombre de ciencia. Recuerdo que aquel
año 45 coincidieron en el diario dos barbaridades,
si no barbarismos: una doctoral sentencia del mismo
Latcham, a propósito de la inminente atribución del
Premio Nobel, haciendo un recuento de los autores
que merecían ser galardonados, *menos Gabriela
Mistral que no merece el Premio*. Y el cable de
Estocolmo, que distinguía a la formidable autora de
'Desolación'... No me río, sólo me estoy sonriendo...
Por lo demás, en lo que se refiere a mi nombre y a
mi obra, 'Eloy' no tuvo mayor eco en Chile, de venta,
de crítica, de comentarios. Luego, con entera natura-
lidad, y sin aspaviento, fueron apareciendo las edi-
ciones argentina y cubana y las traducciones en Fran-
cia, Italia, Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Dina-
marca, Holanda, Brasil".

¿Es "Eloy" su mejor novela?

"No estoy muy seguro, pero desde el punto estric-
tamente espiritual, privado, reivindicativo, es la que
más me ha acompañado en los dos exilios, el inter-
ior e invisible, el exterior y rotundo. Fue probable-
mente a que yo mismo me sometí para calibrar mis
posibilidades, mi fuerza, mis ambiciones. No fue un
tema imaginado ni buscado por mí. El me rastreó y
me topó en mis años jóvenes de periodista *free lan-*
cier. Un tema brutal y real, una vertiginosa historia
que ocurrió, un *fatit divers* escrito por la vida y por
su secretaria fatal, sombría, insobornable, la muerte,
el vendedor de hielo, como la han calificado formi-
dablemente. Si Flaubert, muy lúcido y controlado,
declaró, para descontrolar a los críticos, exégetas y
arqueólogos: 'Madame Bovary' soy yo, ahora mis-
mo, y sin pensarlo mucho, podría suspirar que 'Eloy'
soy yo. Por lo demás, alguien muy perspicaz y posi-
tivo declaró hace ya muchos textos y mucho tiempo,
que hasta en un teorema de matemáticas hay elemen-
tos autobiográficos. Pero, si me apura un poco, puedo
afirmar, al menos sospechar, que 'Patás de perro'
es mi novela más personal e íntima, la que contiene
más elementos de mí mismo, la que expone, supone,
sugiere más verdad e información del individuo
C.D.; ella es, creo no equivocarme, una tentativa de
radiografía de mi alma, de lo logrado en su pasaje
por la vida por la persona que soy yo, lo soñado, lo
conseguido, lo tergiversado, lo perdido o despilfa-
rrado, lo soñado, lo soñado, lo soñado, lo jamás al-
canzado. Sí, se trata de apuntes para la radiografía
de mi alma, para el caso de que yo posea alguna".

CASI MINISTRO DE CORTE

Antes de escribir los textos que le han dado fama,
tan personales y autobiográficos, como usted mismo
los declara, "Eloy", "Patás de perro", escribió te-
mas auténticamente reales e intocados por sus pre-
decesores o sus contemporáneos, historias referen-
tes al pasado, chileno o americano, "100 gotas de
sangre y 200 de sudor", "Supay el cristiano", "El
hombre que trasladaba las ciudades", "Los asesi-
nados del Seguro Obrero", "60 muertos en la esca-
lera". ¿Por qué esa evolución?

"Tal vez se deba a mi formación universitaria.
Yo tendría que haber seguido la profesión de abo-
gado. Cursé en la Universidad de Chile estudios
completos para ello, tenía incluso oficina de abogado
en la calle Bandera, tercera cuadra, antiguo edificio
de la Cooperativa Vitalicia, entre Agustinas y
Huérfanos, si no recuerdo mal. Ya empezaba a juntar
alguna clientela. Para redactar mi tesis de licenciado,
que tenía un ambicioso título, *Ideas sociales en Chile
durante la Colonia*, tema y tesis que tenía muy inte-
resado a mi profesor de derecho del trabajo, Fran-
cisco Walker Linares. Para cumplir a conciencia mi
tarea previa de rata de biblioteca, frecuenté durante
meses y meses la Biblioteca Nacional, Fondo Medi-
na, y la Biblioteca del Congreso. Revisé mucho, co-
pié más, quizás demasiado, me saturé hasta el tué-
tano con hechos, historias, circunstancias que después
alimentaría el periodismo histórico de Aurelio Díaz
Meza, como antes lo habían alimentado por el lado
de Benjamín Vicuña Mackenna, los cronistas de In-
dias, Barros Arana, los hermanos Amunátegui, los
Alemparte, me entusiasaban, me tornaban alegre,
eufórico, triste, furioso, desesperado, romántico, clá-
sico, despedazado, crucificado en toda esa inquisi-
ción de papel viejo, hasta que topé con Crescente
Errázuriz y su biografía de Pedro de Valdivia, el san-
guinario, y su muerte y desaparición tan merecida.
De manera, pues, que aquel ilustre varón, que había
de ser con el tiempo arzobispo de Santiago, tuvo la
culpa y la maldita y soberana bendición de que yo
me trasladara, sin casi darme cuenta, de las leyes a
la literatura. Con lágrimas y suspiros de mi novia,
con vergüenza, humillación y obstinación de mi par-
te. Vacunado y embriagado por un pasado que yo
(Continúa en la página siguiente)

veía novelesco, me cambié de aulas y cambié de alas, para emprender otro vuelo, rechazando por omisión la oferta que me hiciera un ministro de Corte, don Luis Agüero, de hacerme nombrar juez en algún distrito no bien tuviera mi certificado de miembro de la muy ilustre Orden de abogados. En estos momentos sería ministro jubilado de la Corte Suprema, como más de un antiguo compañero de banco. Pero éste y no otro fue mi destino y no olvido que llamamos destino a todo lo que nos limita. Y, finalmente,



CARLOS Droguett con el escritor cubano Lezama Lima.

para responder a su pregunta, tengo la impresión de que absolutamente no ha habido evolución en mi trayectoria, sólo un cambio o un traslado de amores y pasiones, sólo un cambio de mirada. Siempre y desde muy joven sólo me interesó la realidad, no he escrito sino la realidad, pero hay que saber mirarla, no es una técnica aconsejada o aprendida sino de nacer, se nace marcado, señalado, predestinado, marcado, benditamente maldito. En otras palabras, es igual, y además consecuente, señalar lo que dejaron a su paso por el mundo descubierto por Cristóbal Colón los conquistadores españoles que lo que han dejado estos tristes años los milicos en México, Venezuela, Brasil, Guatemala, Perú, Bolivia, Argentina, Paraguay, Chile. Como usted ve, no he cambiado de tema, de ruta, de destino".

NOVELA INEDITA

Se habla de una novela inédita suya. ¿Por qué inédita?

"Ya se lo he dicho hace unos minutos. Yo soy escritor, no editor, como mi viejo amigo Camilo José Cela, quien se puede permitir el envidiado lujo de publicarse a sí mismo. Por otra parte, la industria editorial es eso exactamente, una industria, un comercio, un comercio chinchín, al menudeo. En nuestro mundo actual, tan vendido, transado, rematado, el libro, cualquier libro, novela, ensayo, narración, elucubración, es una mercadería. De manera que si, por ejemplo, en el presente, o en el pasado muy reciente, una Agatha Christie, vendía en tierras de habla inglesa, más que Shakespeare y Simenon o más que Balzac, no es raro que en Chile, y no sólo en Chile, con seguridad en toda América hispana, y desde luego también en España, Isabel Allende venda más libros que todos los Premios Nobel de lengua española, que son unos cuantos y no todos tan mediocres. Me refiero a su pregunta. Sí, es verdad, tengo una novela inédita, según algunos lo mejor que he escrito. Debí haberse publicado hace una punta de años, pero sigue inédita y, tal vez por mi culpa. Me explico. Hace ya algunos quinquenios, encontrándome en una residencia de reposo médico, acompañando a mi mujer, que se reponía de un grave accidente, recibí un paquete certificado de una editorial espa-

ñola, conteniendo las pruebas de páginas de una novela mía, con una mención firmada por el amanecido editor, para su revisión inmediata por favor... Sorprendido, pero no demasiado, no sufre de histeria ni de los nervios, le mostré carta y pruebas a mi mujer, diciéndole, *no revisaré las pruebas ni las devolveré, verás como el libro no se publica*. No pasaron muchos días y recibí un recado lloriqueante del probable editor, rogándome tuviera la bondad de suprimir la dedicatoria de mi novela, pues con libros mu-

cho más inocentes, gramáticas castellanas, por ejemplo, habían tenido problemas con el gobierno chileno. Sí, la pura verdad, llamaban gobierno a esa banda de asesinos. Mi respuesta fue clara y corta: *no suprimiré nada, la novela empieza en la dedicatoria*. De manera; pues, que esta novela, enviada a Cátedra Editores, en 1982, por Luis Iñigo Madrigal, quien me la había pedido para su lectura de profesor especializado, se encuentra en estos momentos en sus pruebas de páginas sin revisar y encuadrada junto a mí, mientras escribo estas líneas, luciendo en la primera página la escueta dedicatoria inicial:

A Salvador Allende, asesinado el martes 11 de septiembre de 1973 por Augusto Pinochet Ugarte, José Toribio Merino Castro, Gustavo Leigh Guzmán y César Mendoza Durán".

Es notable lo que cuenta, pocos escritores pueden decir lo mismo en este mundo. ¿Está contento, triste, desalentado?

"Ni contento ni triste, mucho menos desalentado, ya que sigo trabajando. Por lo demás, el original de esta novela, en previsión de inesperados accidentes, o desgracias personales, se encuentra a buen resguardo, fuera de mi escritorio, de mi casa, de Suiza. Si vale, si es realmente meritoria, mejorará en la oscuridad, como los viejos vinos de buena cepa; si no vale; mejor para la ecología ambiente".

El drama sufrido por nuestro país, desde el histórico 11 de septiembre, sigue latente en su obra. Sobre eso ¿ha escrito algo más?

"Desde luego, no puedo, aunque quisiera, soslayar el drama de mi tierra y de mi gente. Como chileno, he sido herido, como padre, he sido pulverizado, me hago cargo, pues, de mis despojos, y, en lo que pueden mis fuerzas, los reconstituyo. La novela inédita, ésta, pues hay, me parece, otras, tiene un segundo volumen, en total unas mil carillas escritas a máquina. Pero, además, están mis narraciones para no olvidar, una de las cuales, la única, ha sido publicada en España y Cuba. Ustedes tienen en sus manos ahora mismo 'Sobre la ausencia', cuya dedicatoria abre el tema:

A la memoria de Ignacio Ossa, poeta, profesor de Literatura en la Universidad Católica de Santiago, detenido en la misma Universidad por la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), el 20 de octubre de 1975, y cuyo cadáver desnudo y martirizado, sin uñas y sin ojos, fue rescatado de la morgue el 22 de diciembre del mismo año".

TRIUNFOS DE "ELOY"

"Eloy" acaba de ser incorporado por las autoridades a los programas de estudio de castellano. ¿No se siente orgulloso por ello?

"Ni orgulloso ni suficiente. 'Eloy' forma parte de los tres textos que considero más logrados en mi trabajo de búsqueda de una expresión literaria. Podría, pero no tengo tiempo ni ganas, hacer un paralelo

entre mi vida, estos textos y mi vida de hombre normal y corriente. Quiero decir que considero, y tal vez no me equivoque del todo, que esos temas, historias, argumentos, forman, al menos veladamente, parte de mi biografía. Es, probablemente, una insinuación y un desafío para los rastreadores del futuro, si es que mi pequeña y delgada obra tiene un futuro".

Su pequeña novela es corta como un suspiro, tan corta como un telegrama. ¿Por qué, pues?

"Por eso exactamente. Porque 'Eloy' es un telegrama. ¿A los lectores? ¿A los críticos literarios? ¿A la posteridad? Un llamado de auxilio, una petición urgente de socorro, al menos de compañía. Un réquiem. Un *in memoriam*. El protagonista se está muriendo. No podía, por lógica humana, o inhumana, morirse en muchas páginas, en cómodas cuotas mensuales. El tema me dio, no sólo el estilo y la forma, también el tiempo, la *durée* como dicen los franceses. Desde muy joven me ocurrieron dos circunstancias, enfrentado a un tema que debía desarrollar como periodista o como escritor. Sabía ya, al menos intuitivamente lo sabía, lo adivinaba más que lo comprendía, si el tema era una novela corta, un cuento, una narración, un poema -no le extrañe, también he escrito versos, sobre todo en mi adolescencia, y en la madurez a veces- un acto teatral, una novela larga. En primer lugar, yo no busco un tema, una intriga, una historia, un argumento. Ellos solos me buscan y suelen encontrarme. Temas súbitamente surgidos en la reflexión de un hecho de la vida ajena o propia, algo que miro, que escucho, una palabra, una boca, unos labios, un ojo, una mirada, un mechón de cabellera, una palabra rara, inesperada súbita, escuchada en el Metro de París, en el Metro de Roma, es la escalera del bus que lleva al Vaticano, en los *lauben* suizos, en el cementerio de la Chacarita de Buenos Aires, en una mansión de La Habana Vieja, en el mercado, en el cine, en la calle, en un jardín, en una fiesta de cumpleaños de alguno de mis nietos, en vísperas de Navidad o en mis odiados insomnios. En mis largos e inolvidables insomnios. Usted sabe. A Shakespeare le preguntaron dónde hallaba los temas de sus terribles dramas o de sus dramáticas comedias, Oteló, Hamlet, Macbeth, la fierecilla, las alegres comadres. ¿Dónde coges esos temas, William? ¿En mis sueños! Yo, menos intenso, no menos extenso, menos trágico, no menos dramático, tengo que confesar, desnudarme en el tejado de vidrio de mis dudas y vacilaciones. ¿Dónde encuentras los temas de tus escritos C.D? ¿En mis insomnios! Lo que tampoco es una fatalidad, un *handicap*, una maldición, una desgracia. Madame de Staël, ya vieja y sola -esa otra forma de la vejez- suspiraba nostálgica en su mansión ginebrina: *...¡aquél hermoso tiempo en que yo era desgraciada!*".

EL PERIODISTA DROGUETT

En su juventud usted hizo mucho periodismo, crónicas de temas nacionales o extranjeros, comentarios de la vida y la muerte, de la paz y la guerra. Todas esas gacetillas, literarias o extraliterarias, narraciones, parodias, ¿se ha perdido todo eso? ¿Se recogerán alguna vez en libro?

"Es otra pregunta que no me concierne del todo. Yo escribo, escribo solamente o creo que lo hago. Tornémosnos un poco siáticos para aclarar las tinieblas. El trabajo de un escritor, como el de un pintor o un músico, es sólo ése. Escribir su historia, su cuadro, su sinfonía. Como la abeja. Como las anónimas y explotadas abejas. Libar las flores, transformar las flores en miel, no envasarla, no venderla. El escritor también es una abeja y a menudo un zángano. El exprime la hoja de la vida, las flores de la vida y de la muerte para extraerle algunas gotas de su miel y luego se va volando, o arrastrando, en pos de otra rama, de otra flor, de otro clima de primavera o de invierno. La abeja escribe su miel, no la vende, el escritor o el escribidor, liba la miel de sus palabras,

no la industrializa, aunque hay y suele haberlos, ya lo hemos hablado antes, los industriales y comerciantes del hecho y del malhecho literario. Existe el novelista y el fabricante de novelas, como fuera clasificado certeramente Georges Simenon. Para referirme, pues, exactamente a su pregunta, trato de contestarle. El trabajo de escritor es una bola de nieve, un movimiento *perpetuum*, no tengo tiempo de detenerme. Me detendré una sola vez, la última. Pero hay un hecho solo, una circunstancia fatal en todo sentido, un acontecimiento que decidió el rumbo de mi vida de ensuciador de papeles. Fue la matanza del Seguro Obrero. Publicada en un diario de Santiago, es decir en dos diarios, al cumplirse un año exactamente del monumento que a sí mismo se erigiera el habilidoso y cínico León de Tarapacá. Yo conocía personalmente a algunos de aquellos muchachos asesinados, más de alguno era mi compañero en los cursos de leyes de la casa universitaria, asaltada y bombardeada sin piedad. Ese podría ser el motivo exterior de mi escrito. El otro, el más definitivo, la masacre colectiva, sin piedad y sin rubor

en un profesional, en el testigo que había sido en su tiempo, por ejemplo, en las minas de Lota y Coronel aquel grande espíritu que fue Baldomero Lillo. Esa historia real, esa novela escrita por la vida, en realidad por la muerte, me lanzaría sin remisión al periodismo diario, al comentario de la vida que pasa en la tierra chilena y en sus afueras. En los diarios de la época, también en revistas, que no viene al caso mencionar aquí, cada día y cada semana publiqué una cantidad exagerada de narraciones, monólogo, diálogos, delirios, fiebres, sarcasmos, historias, algunas logradas, otras a medio cocinar, pero todas dirigidas, como la luz de un foco en el escenario de un teatro oscuro, en mi propia oscuridad y tinieblas, a abrirme un camino, pues me sentía vacunado, contaminado, condenado, elegido, apartado por la difícil vida. No obstante, para no perdernos, o para perdernos del todo, debo recordar lo que he mencionado antes. Cómo, al comenzar la década del 30, en circunstancias que reunía materiales para mi futura tesis de flamante abogado, descubrí la historia, la verdadera, de Chile, de América, ésa que no rola y corre en

los manuales escolares. El infierno de la conquista de América, el infierno, en realidad el purgatorio, de la época colonial, pues había variaciones y frivolidades costumbristas y cadenciosas en los salones, donde iban y venían las pelucas y los pelucones, los señorones, las señoronas, Catalina de los Ríos y Lisperguer, la pelirroja Quintrala, tan sobajada por los periodistas de la historia, Vicuña Mackenna, Díaz Meza, tan radioteatralizada, tan telenovelada, por entregas semanales y dominicales, ella, tan santa y desvergonzada, que se entregaba diariamente. Los cronistas de Indias, la Inquisición en Nueva España, en el Caribe, en el virreinato del Alto Perú, en el Río de la Plata, en el río Mapocho, las hostias sin consagrar o consagradas de sangre de inmundicia, de latrocinios, los cronistas versaicos, Ercilla, Pedro de Oña, el historiógrafo Solórzano Pereira, Fray Gaspar de Villarroel, agustino y colosal, con su manual de derecho político, celestial, territorial, su envidiado *Gobierno Eclesiástico Pacífico* o *Libro de los Dos Cuchillos*, *Divino, Humano*, habrían torcido o señalado mi rumbo, si no hubiera caído en mis manos un texto revelador y providencial. Creo que ya antes lo he mencionado: biografía de don Pedro de Valdivia. Su autor, Crescente Errázuriz. ¡Maldito y bendito sea el futuro

Lautaro, Galvarino, Guacolda, Fresia, Inés de Suárez- era fácil y camino real trasladarme a la historia de Chile medianamente independiente y diario, viviendo y muriendo al día. Los diarios y revistas de la época, *'El Ferrocarril'*, *'El Mercurio'* de Santiago, *'El general Piloto'*, *'Pluma y Lápiz'*, *'Pacífico Magazine'*, buscando información y ecos, me hicieron retroceder, sin apenas darme cuenta, a mi adolescencia, a mi niñez, a la dramática vida de mi madre, muerta muy jovencita, una semana antes de cumplir yo 12 años. Mi padre, que en su juventud había sido periodista aficionado y amigo de la juventud bohemia de fines y principios del siglo, me susurraba, me aconsejaba: habla con fulano, busca a Zutano, Juanito Espinoza, Lucho Durand, fuimos compañeros de trabajo en el Telégrafo del Estado. Pero en la hora de entonces, yo estaba sumido al margen de la Guerra del Pacífico, escuchando las vociferaciones de Vicuña Mackenna con su insolente y formidable voz, *¡No soltéis el Morro!* O leyendo en los diarios que ya he mencionado las porquerías que los gaceteros chilenos, atrinchados en sus papeles, les lanzaban a los cholos:

*La Manonga Bustamante
a Chiclayo se embarcó
para botar el contagio
que el chileno le dejó...
Ay, Manonga, qué risa me das,
Ay, Manonga, qué temeridad...*

*Qué lisura de muchacho
que con la mamá durmió,
por la medianoche quiso
entrar por donde salió...
Ay, Manonga que risa me das,
Ay, Manonga, qué temeridad.*

Se trata de los entretelones de mi formación, o mi deformación como escritor. La historia del pobre tipo que quiso seguir un camino y siguió otro, la conmovedora anécdota del vagabundo o peregrino que, perdido en el desierto buscando su camino de la Meca o de Damasco, se pierde entre zarzas, crestas, precipicios, sin darse cuenta que ese camino que no existe es, exacta y fatalmente el suyo. La soledad. La musa no catalogada de la soledad".

Francamente, ¿no exagera usted un poco? ¿No ha habido oasis y matices en su vida? Usted ya ha mencionado o insinuado algo.

"Sí, es verdad. ¡Solo, como un clavo en un poste!, suspiraba David Herbert Lawrence, pero ese minero antiguo, jamás estuvo enteramente solo, siempre había una Lady Chatterley en su vida, alguna mujer que partía a caballo en su búsqueda. Me es muy agradable recordar, pues, un encuentro casual y promisorio. Alguna vez fui presentado a Marta Brunet y la autora de *'Montaña Adentro'*, de *'Bestia Dañina'*, la creadora de tipos inolvidables de la literatura chilena, me recibió sonriendo, aureolada de alegría: *¡Así que Carlos Droguett existe! ¡Yo creía que sus cuentos eran traducidos del francés!* Pocas veces, en mi larga trayectoria por la a menudo árida y peligrosa vía literaria, se me han dicho palabras tan exactas, cálidas, certeras, tan iluminadoras. Entonces, pues yo estaba en el verdadero camino, no me había equivocado, gracias, Marta".

¿Usted la trató bastante?

"No lo suficiente. Marta viajaba mucho, tenía un cargo diplomático, estaba enferma, gravemente enferma de la vista, viajaba a España a que la operara el Dr. Barraquer, regresaba, se encerraba en la oscuridad. Me contaba entonces, sin insistir demasiado, que en medio de las tinieblas, las tinieblas de su cuerpo, las de su duda de escritorio, se sentía hastiada y apaciguada. También condenada, había cosas que quería escribir, pero ya no lo podría hacer, no por ella, sólo por sus ojos. Yo había frecuentado, desde mi juventud, fascinado y envidioso las obras maestras que eran sus cuentos y lo que me extrañaba y admiraba en ella era que, con toda su delicadeza, su

(Continúa en la página siguiente)



CON Isabel Lazo, su esposa, en Rarda, cementerio donde está la tumba del poeta Rainer María Rilke.

de aquel político que ya había mostrado sus garras en las salitreras, tan agradables y atractivas para asesinar las pampas salitreras, ahí sí que era lindo y profesional hacerlo, no como en la universidad o en el Seguro Obrero, con sus escaleras, ascensores, pasillos, oficinas, aulas, pupitres, vericuetos, nada funcionales para improvisar un matadero *ad hoc*, a prueba de fugas, pifias, alternativas. Sin darme cuenta yo mismo, me estuve, por aquellos días, convirtiendo

arzobispo!, por ahora y entonces sólo mi confesor particular, sin él saberlo. Sin saberlo yo entonces. De él, de su ajustado texto, emanan mis novelas llamadas históricas, *'Supay el cristiano'*, *'100 gotas de sangre y 200 de sudor'*, *'El hombre que trasladaba ciudades'*, que alguien, que no voy a mencionar, ha calificado, hace sólo algunas semanas, soberanamente. Del Chile saqueado y colonial, no del todo colonizado -si no, que informen Caupolicán,

pureza esencial, su feminismo, sus delgados y sensuales labios, la palidez nacarada de su rostro, su frente de Madonna, su cabellera quebrada y europea, hubiera sido capaz de imaginar y situar con absoluta naturalidad en la naturaleza idílica del campo chileno, páginas terribles, increíbles en manos de una semidiosa, escenas que rezumaban una realidad fuerte, malvada, implacable, odiosa, pecaminosa en la que soplabla fiera y sin tregua la pasión del amor o del odio, sacrificando fríamente a los seres, acorralados por un tenaz fatal destino. Un ángel pintando el infierno. Un día le pregunté al padre Escudero, que era muy amigo de Marta, cuya obra conocía y explicaba al dedillo, que cómo explicaba él que un crítico como Hernán Díaz Alone, extranjero, europeo, siútico, diluido en agua de colonia y en agua de borrajas, se permitiera elogiar y alabar la literatura de Marta. Marta tiene una fuerza, una verdad, una realidad, un sentido del destino y de la fatalidad, que conoce Alone, ese crítico de papel. ¿Por qué, padre?

- Muy sencillo, Carlos. Alone ama en Marta el hombre que hay en ella.

Le conté esto a Marta y se reía, divertida.

Usted trató o conoció a otros escritores chilenos. Más de uno aparece en sus escritos, narraciones, novelas.

"Sí, como periodista primero, como aprendiz de escritor después, conocí a algunos, no muchos. No intimé sino un poco, tampoco por larga temporada, con Pablo de Rokha, de quien escribí un largo texto analizando los suyos; parte de esas páginas se publicaron en Cuba. Conocí, de pasada, en las oficinas de la Editorial Zig-Zag, a Juan Espinoza, que no daba confianza. Era un hombre áspero, sin brillo, tal cual sus escritos. Ni siquiera se interesó por otro poco de información, cuando yo le dijera que mi padre había sido compañero suyo en el Telégrafo del Estado, Plaza de Armas de Santiago, antiguo edificio de la administración colonial. ¿Sí?, fueron todas sus palabras. Un telegrama, sin destinatario, sin respuesta, sin eco, como sus escritos. Luis Durand era otra cosa. También había sido compañero de mi padre en las oficinas del Telégrafo. Lo recordaba,

Durand era un roto auténtico, un huaso cabal, feraz y de rulos, mordaz, alegre, optimista, enamorado de la vida, de la mujer, sobre todo de la mujer de otro, de los niños, de los niños de otro, de los cerros, del río, de la nieve, del frío, del sudor de amor, del sudor de los celos, chorreando vida, demasiada vida, lo que escribía era lo que él había hecho, lo que le habían hecho, sin adornos y sin matices, con matices, los de la vida en la frontera o fuera de ella. Cuando en fiestas campesinas, privadas o públicas, se entusiasmaba, cantaba cuecas, inventaba tonadas, bailaba solo o acompañado, murmuraba, se reía, vociferaba, hacía reír, se reía hasta las lágrimas, sentado por ahora en la orillita del suelo. En cambio, Mariano, recordaba Escudero, cuando Mariano Latorre estaba alegre, solo, sin nadie o acompañado, cantaba canzonetas, estilizaba y estiraba trozos de ópera que goteaban de sus bigotes rubios, que brillaban destenidos en sus ojos azules. Mariano era un pije. Lucho un verdadero roto. Luis Durand un auténtico. Mariano Latorre un falso. Lo mejor de la producción de Mariano es su hija Mirella. Por lo demás, si quiere más información, remítase a los cuentos. Unos, normales, vitales, auténticos, entrañables. Los otros, nada más que cerebrales y elaborados. Adivine cuál es cuál".

"PATAS DE PERRO" LA PREFERIDA

¿Es "Patatas de perro" su obra más lograda, al menos su preferida?

"Me parece que sí, al menos la más cercana a mi alma. Y la más comentada y analizada, no en Chile, desde luego, donde, como usted lo ha señalado, se me ha tenido largas temporadas por muerto, por desaparecido, por nonato. No me estoy quejando, estoy constatando una realidad, una circunstancia irrevocable. Lo que es, por lo demás, un signo de los tiempos, no sólo del tiempo presente sino de cualquier época, período, generación, o degeneración literaria. Una confirmación de la sabiduría proverbial y popular, *los perros ladran, señal que vas galopando*. Verdaderamente, cuando se publicó 'Patatas de perro', la novela cayó en el más absoluto silencio o bajo la mirada odiosa y morbosa, veladamente resentida de comentaristas marginales. No faltaron los chistes, los sarcasmos, la maledicencia. Incluso en la misma editorial que lo había lanzado. Una mañana, el asesor literario de la casa editora, el antiguo diplomático Alberto Ostria, me recibió, sonriente de complicidad y también de solidaridad. Le cuento, Carlos, ayer se apersonó en mi oficina el gerente general para preguntarme indignado que cómo era posible haber lanzado una novela que nadie entendía, que sería un fracaso y ya era un ridículo, que la gente se iba a reír de la editorial. Le contesté, señor fulano, usted está aquí para cuidar los dineros de la empresa, no para opinar de literatura. Sin comentarios críticos inteligentes al menos, comprensivos, cubierta de sarcasmos o de silencio, la novela tuvo, extrañamente cuatro ediciones. Hasta que se produjo el no vaticinado milagro. Un escritor, un

gamente ansioso de seguir sus pasos. Estaba alegre, triste, desorientado, no sabía si seguir estudiando o suicidarme. ¿Y por qué no me hablaste entonces?, me preguntó él años después, ya amigos. ¡Por temor de recibir como respuesta una bofetada!, le contesté sonriendo. Su silencio socarrón me demostró que posiblemente yo no había andado descaminado del todo en mi respuesta. Y no se trataba sólo de mi caso personal. Marta Brunet me confesaría alguna vez que Manuel, con todo lo buen mozo y atractivo que era para ella, le producía miedo, malestar, inseguridad. Sí, así era, su silencio abismal, de pampa y de cordillera, era el alambrado de púas que lo protegía de los picotones de la envidia, del sarcasmo, del rencor, de la frustración a la caza de víctimas. Más amado en Cuba que en Chile, más estudiada su obra en la Universidad de La Habana o en la Universidad de Oriente, ambos estábamos ya unidos por la fascinación que nos producía el milagro de la Revolución Cubana".

¿Cómo se le ocurrió el originalísimo "Patatas de perro"?

"No tengo la más mínima idea. Era un tema que me tenía enfermo de obsesiones, lo escribí como entrando o saliendo de la anestesia. Textualmente, no se me ocurrió, nada más se me hizo presente, como un delirio, como una idea fija y fatal intuición, se interpuso entre yo y el medio ambiente de oscuro funcionario público, de periodista nocturno, tenaz, constante, repetitivo, urgiéndome para que lo escribiera. A veces pienso que necesitaría mucha reflexión y mucho tiempo para sumergirme en esta triste historia, para, desentrañándola desentrañarme. Pero no tengo ganas ni tiempo. Tal vez lo haga algún día, pero no estoy seguro. Los creadores de materia artística, músicos, pintores, escritores, con seguridad también los rastreadores del medio científico, conocen esa urgencia y esa fatalidad. Hablo por vieja experiencia. Mis novelas, cuentos, narraciones, los actos teatrales de temas bíblicos, legendarios o folclóricos, los más apegados a la carne de mi alma, no sé como los escribí, por qué los escribí. Que un muchacho de 20 años, entre a la Biblioteca Nacional de Santiago en busca de materiales para su futura tesis de abogado y salga algunas horas después con materiales para una novela, no es muy normal. La anomalía necesaria para cumplir la fatalidad de ser escritor. Nunca jamás me propuse serlo, pero entre una mañana y un atardecer, estaba escribiendo. Hasta ahora, medio siglo después. Seguro, es enteramente seguro que no me recibiré de abogado. Tal vez me reciba de escritor. Nunca se sabe cien por ciento, hasta muchos años después, muchos siglos después... Recuerden que Ludwig, el formidable sordo sinfónico de Bonn, escribió la mayor parte de sus inmortales notas desterrado cruelmente del mundo musical, prohibido, desterrado, cercenado de la escala musical por la que descendió al martirio o subió a la gloria. Aunque no se crea, todos los creadores son sordos, ciegos, mudos, todos tenemos un oído interior, unos ojos profundamente secretos, realmente ilegales. En este sentido, y en los cinco sentidos, y en lo que respecta a mi conocida y desconocida obra, los buscadores de motivos últimos o penúltimos, pasillos secretos del pensamiento, temas subterráneos, subyacentes, provisorios, superpuestos, los detectives y contralores de significaciones últimas y veladas, tropiezan y tantean en el vacío insondable de las tinieblas, de sus propias y personales tinieblas. General y fatalmente se quedan al lado afuera de la página escrita, pintada, moldeada. Si quien las escribió no puede explicarlas, ¿podrán ellos? No andaba tan descaminado el crítico fulano de tal cuando murmuraba: *voy a escribir de mí mismo a propósito de la novela de zutano*".

Su primera obra importante, "Sesenta muertos en la escalera", título de novela policial, tema atroz y verdadero, no tuvo mucho eco de venta ni de crítica, a pesar de haber ganado un importante premio



EN el Rastro de Madrid con Nicole, la mujer de su hijo Marcelo, octubre de 1995.

se sonreía, se reía, estaba carcajeando allá al fondo de sus ojos de miope. El padre Escudero, hijo de campesinos, huaso bruto, como él mismo se calificaba, admiraba y quería a Luis Durand, por hombre de verdad, por auténtico, por transferir en sus cuentos admirables, por ejemplo, la vida, la que había visto vivir y que había compartido antes de viajar a Santiago a transformarse en futre de cuello y corbata. No lo hizo, no quiso hacerlo, no pudo hacerlo. Lucho

real escritor, el más grande novelista chileno del siglo, declaró en una revista semanal que 'Patatas de perro' era la mejor novela publicada en Chile hasta la fecha. Lo curioso, lo formidable, lo apenas creíble, era que a Manuel Rojas yo no lo conocía sino como su apasionado y envidioso lector. Al divisarlo en la calle, al toparlo en los pasillos de la Universidad de Chile, de cuyo taller de imprenta era regente, lo miraba con arrobamiento, con nostalgia, con goce, va-

literario en esa época. ¿A qué atribuye este silencio, este rechazo de una novela con un tema tan real, dramático y todo el tiempo actual?

"Puede haber varias explicaciones o motivaciones. Podemos, si le parece, acercarnos a ellas por orden. Desde luego mi estilo, que no es convencional, preceptivamente aceptable, anárquico y descomulgado, estilo sin estilo, estilo afirmador por negación. Un estilo que nace no sólo de las palabras y su distribución y posición en el papel o su disposición

y genuflexos, sino por el senderillo de cabras monteses, de zorros, vulpejas y lobos que, ellos solos y el salvaje pastor y el fugado contrabandista frecuentan. Estoy solo, es verdad, pero una soledad no edificada por mí sino edificada paciente y obstinadamente por mi invisible torturador y carcelero, el otro, el que dicta lo que escribo. Por lo demás, no me quejo. Si hubiera pasado mi vida sollozando, clamando mi soledad en un grito y en un pañuelo de náufrago, no habría escrito lo que he escrito, habría trans-

currido toda la jornada de la vida llorando, estilizando mi soledad, teatralizando mi drama. Yo no soy así, disculpen. Ligeramente discípulo de Siméon Estilista, amarrado a la columna, toda la vida y toda la eternidad amarrado a la columna. No clamando ni sollozando. Más bien plácido y muy orgulloso de ser capaz de soportar tanto y tanto".

LOS MOTIVOS DEL LOBO

¿Y a eso se debe su poca vigencia como novelista?

"A eso y otros motivos. Los motivos del lobo. En Chile, al menos.

Siempre, fatal e inexorablemente, la historia del mundo y del arte ofrece multitud de ejemplos, que no voy a antologizar ahora. Si tú te destacas, o amenazas con destacarte, junto con tu inicial movimiento, nace la sombra, la hierba mala, la maraña, la musaraña del envidioso. Si

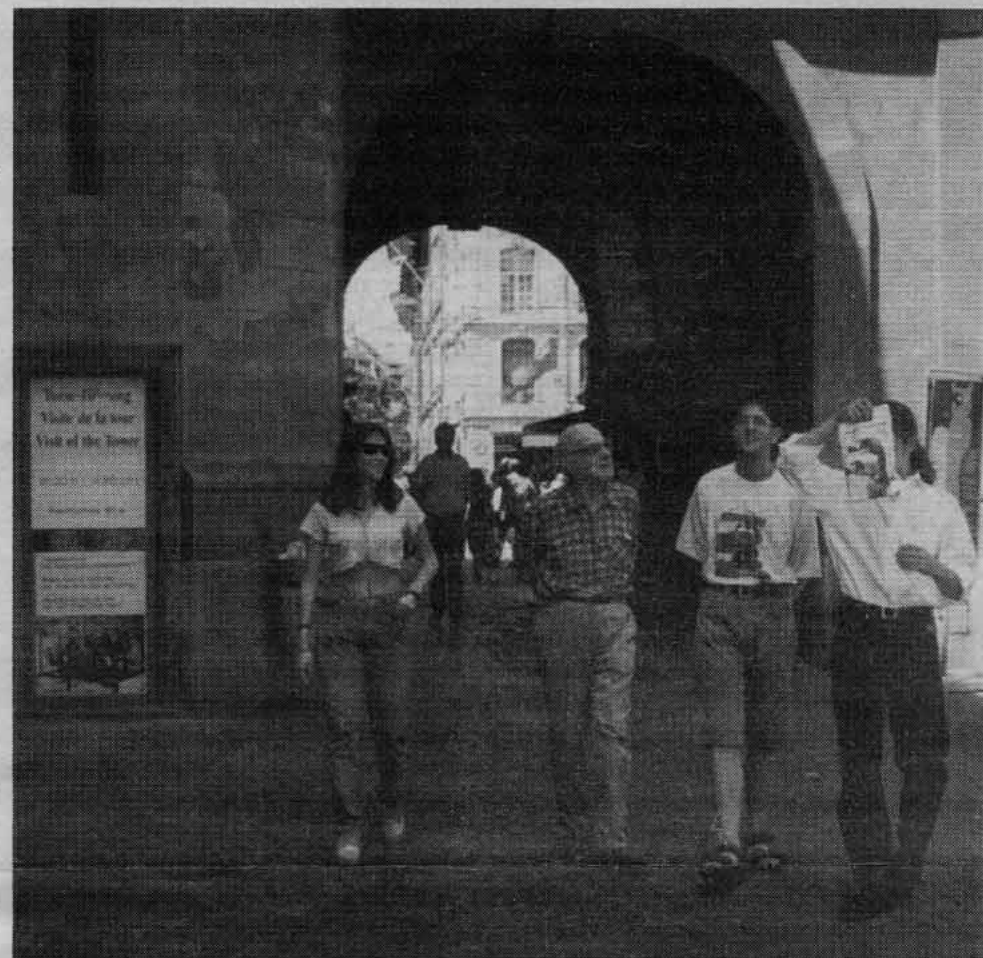
eres envidiado, estás hecho, estás perfecto para viajar al futuro. Si no valieras no te envidiarían. La envidia es una musa enferma. La envidia corroe al envidioso y preserva al envidiado. Eso es matemático y fatal, como que no hay dios. Por lo demás, como en todo el arte, donde hay artistas de primer, segundo, tercer grado, escalonados en los escalones provisorios del mercado, hay envidias de primer grado, de segundo, de tercero. Un pobre diablo de fracasado escritor, no puede ser un envidioso de primer grado, sino un pobre diablo de envidioso de segundo o tercer grado. Recuerdo con alguna pasividad una circunstancia. Hablábamos del poco nulo éxito de mi novela 'Se senta muertos en la escalera'. Es increíble, pero es verdad. Lo juro por el perro. ¿Sabe de dónde nacieron los comentarios acerbos y malintencionados que mereciera la publicación de esa novela? Exacta y matemáticamente de la sede de la editorial que había lanzado y premiado el libro, mercado y oficina de don Carlos George Nascimento, cónsul de Portugal en Chile. No voy a decir quién escribía esos párrafos plácidos y ácidos, salta a la vista y no era, por supuesto, el gentil y condecorado cónsul, pero sí voy a decir quién los patrocinaba y publicaba. ¿De qué se me acusaba y estigmatizaba? ¿De haber escrito una novela que nada tenía que ver con la realidad chilena y sus expresiones más definitorias y genuinas! ¿Un tema real, mentiroso, humoso, salido de la vida chilena! Poco faltó para que se me acusara de haber inventado una matanza de estudiantes y obreros que jamás existió. ¡Se senta muertos en la escalera que no era del color del partido del señor Volodia Teitelboim! ¡No sigamos con más náuseas!".

Estos accidentes de la circulación espiritual nos lleva, sin que apenas lo sospechemos, al tema de la crítica literaria. Usted mismo ha escrito artículos de crítica literaria, en Chile, en Cuba, en California. ¿Qué opina de la crítica literaria en sí y en

Chile?

"Bueno, en lo ya hablado, que es bastante, aunque no suficiente, hemos usted y yo soslayado el tema, también hemos contado algunos acaeceres y anécdotas. En el mundo del arte literario ha habido críticos y críticos, por supuesto. Algunos grandes, generosos, señaladores de rumbos. El que descubrió y lanzó al formidable Walt Whitman, muy conocido, gran escritor, por lo demás. El que situó a Dostoyesky en la cumbre en que ya él estaba, algo confidencial y tímido el gran epiléptico. En Chile mismo, Gabriela Mistral, tan íntima, tan provinciana, tan a trasmano, cuando se salía de sus sonetos de la muerte e ingresaba a la vida lo hacía con paso ágil, robusto, permanentemente, ya se trataba de analizar la vida y obra de José Martí o la poesía de su antiguo alumno de Temuco, el joven Neftalí Reyes Basoalto, alias Pablo Neruda. Enfrentada a los tres cantos materiales, gozosos, dionisiacos, terrestres, Gabriela los sitúa y califica de modo soberano, tratándolos de misticismo primario y elemental, y a su autor de místico de la materia. Apogeo del apio, estatuto del vino, entrada a la madera, la madera del apio, entrada al vino y a sus habitantes tristes y húmedos, la rubia madera abrazada inconsolable a la verde madera del apio, los nervios del apio, los cabellos temblorosos del apio. Sí, y también entrar a la obra de arte con amor y no con odio, no con envidia, no con resentimiento, no tropezar con el apio, en el charco de vino, en los ojos del borracho, en los ojos del vino, en los ojos suaves y sosegados de la madera. Entrar a todas esas sustancias nutritivas y cómplices con amor, con sabiduría, con unción, golpeándonos los labios con un ángel. Alone, el crítico de seudónimo confesional y freudiano, aquel ser incompleto, a quien Pablo de Rokha retratara sin piedad y con crueldad como 'picaflor sin pico', aquel antiguo reporter entrevistador de colegios de monjas, el autor de la novela más mala, inerte, inerte y vaga publicada en Chile, 'La sombra inquieta', podía permitirse el lujo y la desvergüenza de calificarse a sí mismo como el Sainte-Beuve chileno. Sainte-Beuve era un canalla, un corrompido, un personaje escapado de la galería de aventureros de la comedia humana, pero tenía talento. Escribió crónicas muy valiosas y profundas analizando a Balzac exactamente, a Stendhal. Un canalla con talento. Alone era un canalla sin talento. Una antología de frustraciones. Se lo dije en Chile y mientras estaba vivo. Es decir, aparentemente vivo. No vale la pena insistir. Pero no es el único, tampoco el último. La crítica literaria es un mal necesario. Producto de segundo grado. La segunda providencia. No se puede hacer críticas sin el libro, el lienzo, la melodía que criticar. Pero no hay que ser un fracasado. No se puede ser al mismo tiempo virgen y ramera. Acabo, pues, de mencionar a Ignacio Valente, el conocido hijo de un libro de cocina, cacofónico poeta sin sesos y sin sexo. En plena euforia de las matanzas geopolíticas de la Junta Militar, se le veía pasearse, nonchalante y crepuscular, en las veredas fronteras al antiguo edificio del Congreso Nacional, ausente y románticoide el lindo precioso, recién peinado y sobado por la mamá, exhibiéndose el exhibicionista, rumbo al diario de la calle Compañía donde debía entregar el último delicado adobe de su cabeza versallesca, si no versaica, una lista y nomenclatura de los artistas y escritores que habían viajado a la Cuba revolucionaria de Fidel y del Che. Pero careció de un nadamente casual y definitorio olvido, no incluyó en su lista delatora a quien escribe estas líneas. Destino fatal y repetido. Si usted es un don nadie, un fracasado, si es además un estado intersexual, ni chicha ni limonada, un medio ser, un cuarto de ser aparentemente humano, una tajadita de humanidad, vaya y corra a ofrecer sus servicios de crítico literario donde ya sabe, ahí mismo, a la misma hoja que vilipendiará a Salvador Allende antes y después de su asesinato" ●

(Continuará)



LA última foto de Carlos Droguett en vida, el pasado 13 de julio, en Berna, con sus nietos Rebeca, Carlos y Francisco (que se tapa la cara). Al día siguiente el gran escritor chileno sufrió el accidente en el museo de Meiringen.

en el papel de la memoria para formular una historia real y no inventada, un asesinato cobarde, inmisericorde y colectivo, como si no ocurriera en este mundo sino en el otro, en el purgatorio, en el infierno, inserto más en la pesadilla que en el sueño. Alguien dijo, o pretendió decirlo, que yo no hacía literatura sino antiliteratura, que temas tan reales y concretos, el de Salvador Allende, por ejemplo, o el de 60 estudiantes, muchachos de profesión estudiantes, que temas tan brutales e inmediatos como esos, políticamente y socialmente tan bárbaros, tan bestiales, tan inmundos, tan cínicos, yo los envolvía y ofrecía en una nebulosa intemporal y onírica, más adecuada para temas y argumentos de plena imaginación, fantásticos, de ciencia ficción, para emplear una etiqueta más en boga que exacta. Si yo estuviera en condiciones de explicar o desvelar y desenredar toda esa aparente inconsecuencia de mi trabajo literario, no sé qué trabajo de ellos, de Hércules o del Enano, podrían asumir los estudiosos de la lengua hablada, balbuceada, pergeñada, garrapateada, declamada en el desierto abarrotado de ecos, los teóricos de la teoría, los sociólogos y sicólogos del idioma, los mecánicos de un mecanismo invisible pero evidente. Yo escribo así y no de otro modo, tal vez conozco el por qué, no el cómo. Mi estilo no es del montón, aunque sea un estilo amontonado, pero, contrariamente a lo que pudiera sospecharse o dictaminarse por los popes y sacerdotes de la soberana y auroral claridad, no es estilo buscado por mí, nada más que encontrado.

Bastante trabajo he tenido durante medio siglo para escarbar en el fondo de mí mismo las monedas de oro o de mezclilla que voy a gastar en el corto o largo viaje, para elegir un cómodo o difícil camino. Nací marcado, apestado, vomitado por el camino real de banqueros y feligreses. Yo no voy por la avenida central y oficial, por la gran vía de los ceremoniosos